

La insoportable vida

Luis Enrique Ricaño



Capítulo 1

I

Jonathan yacía soñando en colores. Se sabía dormido, estaba consciente de ello y le pedía a un Dios que no conocía, le permitiera dormirse para siempre. Su vida era una escala de grises.

El sueño se interrumpía cuando Teodoro llegaba y se metía en las sabanas con él.

—A ver carnalito, hágase para allá.

Jonathan comenzaba a temblar mientras sentía el aliento de Teodoro en la nuca. No sabía qué pasaba. Teodoro reía mientras le decía al oído:

—Bien que te gusta Johnny, tú tranquilo.

Todo se derrumbaba: paredes, techos, aire, atmosferas. Jonathan cerraba los ojos y entre lágrimas mordía sus labios; podía sentir el sexo de su hermano contra él. Trataba de regresar a su sueño de colores, pero los gemidos y lengüetazos que su hermano le daba, lo regresaban a una realidad gris, lenta, que no se movía durante largos minutos... largos minutos donde solo existía ese aliento pervertido y un chorro viscoso escurriendo por la raya de sus nalgas.

—¡Chamaco cabrón, te volviste a mear!— gritaba por sexta mañana consecutiva la madre de Jonathan.

—¿Qué pasó carnalito, tuviste pesadillas?— preguntaba Teodoro con una sonrisa socarrona.

—Discúlpeme amá, es que luego me da miedo pararme al baño a oscuras y me gana el sueño.

—Discúlpeme, discúlpeme... Lárgate a lavar las sabanas pendejo. Ya va siendo tiempo de que te vayas a trabajar con tu hermano en la carbonería de Doña Licha. ¡Órale!, qué te me quedas viendo.

Jonathan tomó sus sabanas y se dirigía a los lavaderos cuando Teodoro lo interceptó y le dejó una moneda de diez pesos en las manos.

—Pa' que te compres unos Cheetos, manito— le dijo al oído mientras le besaba la mejilla.

El agua caía inundando la pileta y las manos de Jonathan lavaban sus orines y las depravaciones de su hermano. Las sabanas le parecían de un

café grotesco, tallaba y tallaba; sentía que se limpiaba por dentro mientras grandes lágrimas rodaban por su cara; imaginaba que estas enjuagaban su ser. Tomó la moneda de diez pesos y la apretó con su puño, maldijo y encontró un poco de serenidad. Hundió la cara en la pileta de agua e intentó abrir los ojos: no veía nada, todo parecía una mancha brumosa y pesada en su mirada, esa era su vida.

II

Teodoro llegaba aproximadamente a las ocho de la mañana a la carbonería. Saludaba, se compraba un café y se echaba en la pila de carbón, esperaba a que dieran las nueve para ponerse a trabajar. El café le parecía estupendo.

Daba un sorbo al café y lo mantenía largo rato en su boca recordando, imaginando y el sueño lo vencía. Soñaba con una realidad dónde no había que trabajar, no había que preocuparse por llevarle el gasto a la puta de su madre. A sus diecisiete años, él era el sostén de su familia, y su mamá solo se dedicaba a darle las nalgas a Efrén.

—Teo, hijo... ¡Teodoro chingada madre!— gritó Doña Licha

Teodoro de un salto se puso frente a ella.

—Perdón, Doña Licha, es que ayer no pude dormir bien porque mi hermanito el Johnny pateó dormido.

—Pues sí hijo, pero ya son las nueve y media, y estás ahí echado. Ponte a chambear. Te voy a descontar la hora completa, a ver qué razón le das a tu mamá cuando llegues con la raya a medias.

—No sea así Doña Licha, ya ve cómo es mi amá.

—Trabajo es trabajo, hijo. Ándale, ahí está la pala.

Teodoro tomó la pala, se recargó en ella como si fuera un bastón y contempló su cosa favorita en el mundo: una tabla donde coleccionaba tarántulas y alacranes. Cada que vaciaba una bolsa de carbón, la inspeccionaba meticulosamente con unos guantes de carnaza, si bien le iba, encontraba una tarántula negra y gorda que clavaba en la tabla. Los días malos solo hallaba alacranes güeros que con unas tachuelas crucificaba en la misma tabla, y con una sonrisa escribía sobre ellos "INRI". No sabía que significaba, pero lo veía en el crucifijo de su casa y le parecía poderoso. En el fondo deseaba algún día que uno de estos animalitos le picara y así acabar con su vida.

III

—¡Jonathan!

—¿Mande?

—¿Ya acabaste de lavar esas sabanas?

—Sí...

—Vete a comprar un kilo de tortillas y me traes veinte pesos de chicharrón, hoy viene a comer Efrén. Ten, aquí están cincuenta pesos, me traes el cambio.

Celia preparaba una salsa mientras Jonathan salía de la casa mentando madres, Efrén no le caía bien. No era más que un mariachi, borracho y morbosos, tenía la misma sonrisa perversa de su hermano Teodoro y a su mamá le encantaba.

Jonathan dobló la esquina y Miguel lo detuvo.

—¡Espantas, güey!

—¡Oh mi Johnny! Tranquilo papi ¿Adónde vas?

—Por unas gordas y tantito chaleco de puerco, ¿por qué?

—Nada más, güey, ¿no te puedo preguntar?

Miguel era un vago; a los doce años se había entregado completamente al vicio. A sus diecisiete solo quedaba un esqueleto con piel embarrada y unos ojos grandes y grises.

—Hazme valer con un cinco, Johnny.

—No traigo, güey.

—¡No te hagas pendejo, vas por el mandado!

—Pues sí, pero no traigo cambio.

—¿Cuánto traes?

—Un tostón.

—Te acompaño por las tortillas y me rolas ese cinco, ¿va?

—No, mi jefa se va a peinar.

—¡Chale! Mira, rórame eso y te doy las tres.

Miguel sacó de adentro de su pantalón un botecito, mojó un pedazo de tela con el contenido de aquel bote y se lo ofreció a Jonathan.

—¿Qué es esto?— preguntó Jonathan titubeando.

—Póntelo en la nariz y jálale.

Jonathan obedeció. Sintió como un vapor quemaba sus fosas nasales y llegaba hasta su cerebro, la cabeza le picaba y en instantes empezó a balbucear.

—¡Es probete no llenete, güey!— exclamaba Miguel mientras soltaba unas carcajadas que aturdían los oídos de Jonathan.

Las imágenes empezaban a temblar en los ojos de Jonathan. En el pecho sintió una paz que jamás había experimentado, ¡por fin Dios lo había escuchado!

En sus ojos el rostro de Miguel fue el de Teodoro, ya no lo vio tan grande, se sentía con el valor de enfrentarlo. El vapor de aquel pedazo de tela se empezaba esfumar, ya no tenía olor y Jonathan de su bolsa sacó los cincuenta pesos y se los ofreció a Miguel.

—Dame más, güey. Se siente bien chingón— decía Jonathan mientras un hilo de baba escurría por su barbilla.

Miguel tomó los cincuenta pesos y con una sonrisa burlona dijo:

—¡A huevo!

IV

Eran las diez de la noche y las tortillas con el chicharrón no habían llegado. Efrén se tuvo que conformar con una sopa de fideos improvisada, Celia le había fallado al macho que salió de la casa azotando la puerta. Hoy Celia no pudo complacer sus instintos.

—¡Ya llegué, jefa! — gritó Teodoro, mientras dejaba sobre la mesa cien pesos, su paga del día.

Doña Celia salió de su cuarto con los ojos llorosos; uno pensaría que su llanto era provocado por la preocupación del no retorno de su hijo Jonathan, sin embargo, esas lágrimas eran de coraje, de berrinche, quería

la piel de Efrén.

—¿No viste a Jonathan? — preguntó su madre.

—¿A Jonathan?

—¡Sí, pendejo a Jonathan!

—No. Pensé que estaba aquí con usted.

—No, no está aquí conmigo. Lo mandé a hacer un mandado y es hora que no llega.

—No, pues no sé.

—¡Nunca saben nada, hijos de su puta madre! Pinches perros desleales.

—Tranquila, jefa. Yo vengo de trabajar, no sé dónde anda ese güey.

—Sal a buscarlo, ¡Pero ya!

Teodoro salió y al doblar la esquina encontró a Miguel.

—Qué transa mi Teo, ¿adónde vas?

—Qué pedo. Ando buscando a mi carnal, mi jefa lo mandó a un mandado y no ha llegado desde la tarde.

—¡Chale, qué mal pedo!

—¿No lo has visto?

—Nelson Mandela.

Miguel sacó unos Delicados y le ofreció uno a Teodoro.

—¿Ya fuiste a buscar a las vías?— preguntó Miguel.

—No, ese güey nunca va para allá.

—Pues quién sabe mi Teo. Préstame un diecito ¿no?

—Ya me estas cobrando el pinche cigarro, no mames.

—¡Oh! No es eso. Mira ven, vamos a las vías, chance ahí está.

Mientras caminaban, Miguel miraba de reojo a Teodoro, sabía su pecado, Jonathan se le había desaparecido mientras moneaban tirados en las vías.

—¿Y de que la rolas, güey?

—¿Quién, yo?— preguntó Teodoro.

—¡Pues sí, güey! ¿A poco viene alguien más con nosotros?

—¡Ah! Chambeo ahí en la carbonería de Doña Licha— respondió Teodoro con una risa nerviosa.

—A huevo. Esa vieja paga bien, ahí trabajaba mi primo el Julio, ahorita está en cana, lo agarraron tumbándole las lunas a un carro de esos mamalones, ¿tú crees?

—...

—No hay pedo, ahorita encontramos al Johnny.

Teodoro sentía como el estómago se le revolvía, nunca quiso hacerle daño a Jonathan, empezaba a creer que su hermano había abandonado la casa por su culpa. La conciencia empezaba a hacer meya y los ojos de Teodoro se llenaron de lágrimas. De ninguna manera se podrían excusar sus actos hacia su hermano, pero Teodoro era producto de su contexto. Recordaba que en alguna ocasión cuando aún iba a la escuela, llegó a su casa y vio a su madre cogiendo con Efrén. No entendía que pasaba pero su bragueta se hinchó. Tanto él como su sexo estaban paralizados viendo como su madre gemía de placer y Efrén, con una sonrisa, lamía la espalda de ella. No podía moverse y como era de esperar, Efrén lo vio y como si el acto no fuera ya de por si grotesco, este le sonrió y pasó su lengua por sus labios. Teodoro corrió al baño y comenzó a masturbarse, al correrse, sus rodillas se doblaron, un pequeño gemido se escapó de su garganta y aun con el miembro de fuera, abrió la puerta y pudo observar como Efrén terminaba en la espalda de su madre.

Durante varias noches, Efrén se le apareció en sueños y Teodoro experimentaba una especie de miedo y placer, soñaba con él y un día su sueño se condensó: Efrén entró a su habitación un sábado por la mañana, se recostó junto a él y comenzó a besarlo, sintió la lengua de Efrén entrando por su boca y se dio cuenta que no le gustaba, empezó a sentir miedo, los brazos fuertes de aquel hombre lo tomaban por la cintura, no había escapatoria, lo único que atinó a hacer, fue morder los labios de Efrén.

—¡Hijo de puta!— gritó Efrén mientras su boca sangraba. — Chingaste a tu madre.

Efrén sometió a Teodoro y lo puso de espaldas penetrándolo mientras le susurraba al oído: "Así me gustan, tiernitos como tú".

Las violaciones de Efrén no pararon durante los próximos tres años, Teodoro experimentaba un sentimiento bastante extraño; por un lado odiaba a Efrén, pero empezaba a sentir celos cuando besaba a su madre. Todo se derrumbó cuando Teodoro empezó a tener cambios en su cuerpo, el vello púbico nació y el deseo sexual de Efrén murió.

Teodoro volvió a sentir el látigo del rechazo y su mente se tronó cuando Efrén empezó a mirar a Jonathan con lujuria... Teodoro tenía que castigar a Jonathan por robarle la atención de Efrén, comenzó a abusar de él.

V

Las vías estaban casi desiertas, solo había un par de indigentes tomando Tonayán y platicando sobre glorias pasadas.

Miguel se prendió un chorro de mota y le ofreció a Teodoro que lo rechazó.

—Ya va a llegar, Teo. En la tarde estábamos aquí, no creo que se haya ido más lejos.

—¿Cómo que estaban aquí? ¿No que no lo habías visto?

—O sea, lo vi de lejos, güey—dijo Miguel mientras aguantaba el humo en el pecho.

—No te hagas pendejo, ¿ya lo andas enviciando hijo de tu puta madre?

—Cálmese mi perro, a mí no me hable así.

La sangre de Teodoro se concentró en sus puños y le soltó un puñete a Miguel que lo tumbó.

—¿Dónde está mi carnal, pinche drogadicto de mierda?— gritaba Teodoro mientras cacheteaba a Miguel en suelo.

Miguel solo atinaba a cubrirse la cara con los antebrazos. Teodoro se cansó de golpearlo y se tendió en el suelo a llorar.

—Yo no envicié a nadie, pedazo de pendejo— Dijo Miguel mientras se incorporaba. —Ahora va la mía pinche putito.

Miguel pateó la cabeza de Teodoro y empezó a pisarle la cara, desde la

primera patada Teodoro quedó inconsciente.

Aquella mañana, Celia ya había gastado los cien pesos que Teodoro había dejado sobre la mesa la noche anterior; compró un Anís del Mico y una cajetilla de cigarros para hacer la espera de sus hijos más ligera. Llegó Efrén.

—¿Tan temprano y ya pegándole al frasco, Chelita?— preguntó burlándose Efrén.

—Es que Teo y Johnny no llegan desde ayer.

—¿Cómo crees? Pues estamos solitos, ¿no?

Efrén comenzó a tocar los senos de Celia mientras frotaba su miembro contra el pubis de ella.

—Hoy no, Efrén.

—Ya sabía que ibas a salir con una pendejada. Debes de tener prioridades, cariño, si vas a preferir a tus hijos sobre mí, a ellos ábreles las patas.

—No te pongas así, por favor, entiéndeme.

—Entenderte ¿qué? Ponte viva mejor, ya estás bien pinche vieja y yo todavía vengo aquí a hacerte el favor de cogerte.

—Yo sé, Efrén, pero mira, mis hijos, son lo único que tengo.

—Hazte pendeja, siempre has preferido andar de puta que ver a esos escuincles.

Celia sintió como una daga atravesaba su pecho, las palabras de Efrén eran la pura verdad.

—Siéntate a comer, ándale— propuso Celia.

—No, hija, ya comí hace rato. Ya me voy.

—Por favor Efrén, quédate conmigo, me siento muy mal, te prometo que si te quedas aquí conmigo esperando a los muchachos, te voy a complacer en lo que tú quieras después.

—Compláceme ahorita y te llevo en el Datsun a buscarlos.

—Pero no me he bañado y ve como estoy, toda sucia, por favor Efrén.

—No hay pedo, tienes boca.

Recorrieron todas las calles de la colonia en el Datsun y cuando llegaron a las vías vieron a Miguel.

—Miguelito, hijo, ¿no has visto a Teo y Johnny?— preguntó Celia.

—¡Qué milagrazo Doña Chela!, al Johnny no, pero el Teo está tirado acá adelantito, si viera la pedota que se acomodó ayer. Yo lo estuve cuidando un rato, pero se puso bien necio y mejor me fui, dice el Benito que le arriaron un putiza por pinche terco.

—Gracias hijito, tú siempre tan buena gente.

—Aquí andamos, Doña Chela.

Al llegar al lugar donde Teodoro estaba tirado, Celia se echó a llorar, la nariz de su hijo estaba embarrada en su rostro, un ojo lo tenía desorbitado y por lo que pudo ver por la sangre que yacía en su rostro, el otro estaba fuera de su cuenco.

En el hospital, la noticia no fue sorpresa, Teodoro iba a perder un ojo. Celia lloró y Efrén tragó saliva, esa pequeña familia se destruía y él era uno de los artífices de aquella caída.

Al llegar a casa, Celia entró en el comedor, se empinó la botella de anís y prendió un cigarro. Su Teodoro estaba convaleciente en el hospital y su Jonathan quién sabe dónde.

VI

Jonathan llegó a su casa sin las tortillas ni el chicharrón, pero con la plena convicción de que había encontrado el camino para poder sobrellevar su vida, para anestesiar sus sentimientos. Todo lo veía detrás de una película que adormecía cualquier contacto con la realidad.

—¡Jonathan, hijo!

Celia se abalanzó sobre su hijo y lo llenó de besos, Jonathan sentía asco.

—¿Dónde estabas, mi bebé?

—Por ahí.

—Déjame verte.

Celia tomó por las mejillas a Jonathan y el tufo del activo llegó a su nariz, al principio no quiso creerlo, pero al ver los labios partidos y la mirada

perdida de su hijo, lo supo. Ya no era Jonathan, su mirada ya no era la de un niño, parecía que había entrado en un túnel del tiempo, veía la mirada de alguien desgastado, no había brillo y las pupilas estaban dilatadas como pidiendo que un poco de luz entrara por ellas para iluminar por dentro ese cuerpo vacío.

—¿Te drogaste? Dime la verdad.

—No.

—Dime la verdad, hijo de la chingada.

—Ya le dije que no.

—A mí no me haces pendeja, cabrón.

—Entonces no pregunte lo que ya sabe, pinche vieja.

Celia tomó a Jonathan por las orejas y lo aventó contra un sillón, comenzó a golpearlo pero él no sentía nada.

—Estaba tronándome los dedos por ti y tú drogándote, hijo de puta. Tú hermano está en el hospital y tú a toda madre dándote la pinche vida como si te lo merecieras.

Jonathan se incorporó y empujó a su madre.

—¿Usted cree que yo estoy a toda pinche madre? ¿Me ha preguntado por lo menos cómo me siento? A usted no le importa nada, solo quiere darle las nalgas al ojete ese del mariachi. Y Teodoro a mí me vale verga.

—¿Cómo te atreves maldito perro? Tu hermano perdió un ojo, pendejo.

—Ya le dije que no me importa, se lo merece el pinche putarraco.

—Deja de insultarlo, cabrón.

—¿Quiere saber qué me hacía? ¿Quiere saber por qué amanecía meado? ¿O ya lo sabe y prefiere hacerse pendeja?

Celia sospechaba que Teodoro abusaba de Jonathan, sin embargo, el poco o mucho amor que le tenía a su hijo mayor, la cegaban. También estaba enterada de que alguna vez Teodoro fue abusado por Efrén, pero como dicen: jala más un puñado de pelos que una yunta de bueyes.

Jonathan vio que su madre no logró decir palabra alguna, sintió unas ganas inmensas de llorar, estaba volviendo a sentir y huyó, el efecto de la

drogaba estaba pasando.

VII

Después de dos semanas, Teodoro regresó a su casa, Efrén y su madre fueron por el al hospital.

—Te vas a acostumbrar, Teo—exclamó Efrén mientras por el retrovisor le guiñaba un ojo.

Teodoro sintió asco.

—¡Párense!— gritó Teodoro.

Efrén se orilló y Teodoro sacó la cabeza por la ventana, comenzó a vomitar. Con el ojo que aún conservaba, vio como de sus adentros salían litros y litros de bilis.

—¿Ya acabaste?— le preguntó su madre.

Teodoro no respondió, se limitó a meter la cabeza y limpiar su boca con el puño de la camisa.

—Fue Miguel, mamá— dijo Teodoro.

—Miguel ¿qué?—le respondió Efrén.

—Estoy hablando con mi mamá, pendejo, no te metas.

—Cálmate güey o te chispo el otro pinche ojo.

—En la casa hablamos— respondió Celia.

Efrén los dejó en su casa y juró no volver a pisar la vivienda de aquellas personas.

—¿Y Johnny?— preguntó Teodoro.

—Se fue.

—¿Cómo que se fue?

—¿Te importa mucho?

—Pues sí mamá, es mi carnal.

—¿Te importa porque es tu hermano o porque no vas a tener a quién

cogerte?

Teodoro se puso pálido. La saliva parecía haberse solidificado, no podía tragar.

—¿Crees que no iba a enterarme, maricón? ¿Te gustan los hombres? ¿Eh?

—...

—¡Contéstame, hijo de tu perra madre!

—No mamá, no sé de dónde saca eso.

—Yo no tengo hijos putos, agarras tus cosas y te sacas a la chingada de aquí. No te denuncio porque eres mi hijo, pero no te quiero volver a ver en mi vida.

—Qué bien le salieron las cosas mamá, Johnny se va y a mí me corre, así va a poder estar solita, lista para darle vuelo a la hilacha con el puto de Efrén.

—¡Con Efrén no te metas, cabrón pendejo! Mucho hizo en irte a recoger todo madreando y traerte hasta acá del hospital, agradécele que no nos dejó desamparados.

Teodoro sonrió y se dirigió a su cuarto. En una mochila guardó un par de tenis, tres playeras y un pantalón; todo su guardarropa. En su cartera guardó una foto tamaño infantil de Johnny y al salir dijo:

—Yo no pedí ser así mamá, dele gracias a Efrén por hacerme un monstruo.

Cerró la puerta y se marchó.

VIII

Totalmente drogado, Johnny caminaba por las calles de la ciudad. En poco tiempo su adicción se intensificó, todas sus carencias personales las encontró en diferentes tipos de droga, siendo la piedra y el activo sus predilectas. Robaba lo que estaba mal puesto y el poco dinero que conseguía, lo gastaba en piedra. Su imagen no era muy diferente a la que había visto aquella tarde en Miguel: su piel también estaba pegada al hueso.

La necesidad por drogarse era imperante y en algunas ocasiones Johnny no encontraba la manera de conseguir la droga. Una ocasión caminando por Eje Central, le vino una obsesión muy fuerte, una necesidad, las tripas

se le engarrotaban, tenía taquicardias. Era de noche y sentía que el diablo iba tras él, no podía cruzar las calles sin sentir que algo, como un bólido enorme, le pegaría de costado y lo noquearía. Temblaba y sus sentidos se agudizaban, imaginaba escuchar música de mariachi a lo lejos, le taladraba la cabeza, decidió seguir esa música y caminar con los ojos cerrados, cuando sintió cerca la melodía, abrió los ojos y vio la plaza de Garibaldi. Sintió escalofríos. A lo lejos vio un rostro conocido, era Efrén.

—Hola, Efrén.

Efrén se encontraba bebiendo con sus compañeros músicos y al voltear solo vio unos ojos enormes en una cara casi chupada.

—¿Qué pasó mi Johnny? ¿Qué haces aquí?

—...

—Miren muchachos, este es el morro de la Celia, la vieja que me andaba cogiendo allá en Santa Escuela. Pinche vieja loca.

—Pégale carnalito— dijo un marichi mientras le acercaba la botella de Tonayán a Jonathan.

—Te ves bien erizo, compadre— dijo otro mientras miraba a Jonathan de arriba a abajo

—Jonathan bebió Tonayán y sintió como quemaba su garganta, le gustó, sin embargo su deseo de drogarse no había desaparecido.

—¿Entonces qué Johnny?— preguntó Efrén.

—Préstame un tostón, Efrén, no seas así, no he comido.

—¿Cuánto? ¿Cincuenta pesos? No la chingues güey, mejor quédate a echarte unos pegues con nosotros.

Efrén tomó por el hombro a Jonathan y lo apretó, sintió un poco de dolor con el apretón y miró hacia arriba para ver a Efrén, era un hombre muy alto, él solo le sonrió y le guiñó el ojo.

La necesidad de Jonathan se había apaciguado un poco, se encontraba borracho y cansado, creyó que si dormía un poco iba a poder llegar al otro día sin droga.

—Ya me voy, Efrén.

—¿Por qué? Aguántate tantito, ¿No vas a querer ese tostón?

—¿Me lo vas a prestar?

—Si te quedas sí, es más, ven, acá a la vuelta tengo el coche.

—Jonathan sonrió, sintió alivio, esos cincuenta pesos lo iban a alivianar al siguiente día.

—Al llegar al coche, Efrén daba tumbos, apenas podía sostenerse, abrió la puerta trasera del Datsun y empezó a buscar su cartera.

—No alcanzo mi cartera Johnny. A ver metete tú, estás más flaco y sí cabes.

Jonathan se metió al coche y con la mano empezó a palpar el suelo del mismo.

—No hay nada— dijo.

Efrén miró en ambas direcciones, al ver que no había ni un alma, se metió al coche y tomó a Jonathan mientras olía y lamia su cuello.

—La puta de tu madre ya no sirve, pero las perritas que tiene por hijos, sí.

Jonathan no opuso resistencia, solo sintió que caía muy profundo y nada más.

—Ahí está un cien, Johnny— dijo Efrén mientras se subía la bragueta y besaba la mejilla de Jonathan.

Jonathan tomó el dinero y salió corriendo.

Estaba por amanecer, el movimiento ya se hacía presente en las calles de la ciudad y Jonathan empezó a sentir. Cerró los ojos para adormecer el sentimiento pero no pudo, sus ojos empezaron a expulsar grandes lágrimas, tenía miedo, caminaba con los ojos cerrados. A lo lejos escucho las llantas de un camión, ahora no decidió seguir el ruido, creyó que si lo seguía, iba a haber otro Efrén esperándolo al final. Se quedó parado, las llantas se acercaban. Un claxon. Chirrido de llantas. Un golpe. Oscuridad. Triste final.

IX

Teodoro caminaba sin rumbo, sollozaba y maldecía a su madre. Todo el peso de la culpa caía en su espalda y caminaba jorobado. Efrén, Miguel,

su madre, todos le habían fallado.

A lo lejos vio un grupo de personas, las expresiones como: ¡qué barbaridad!, ¡pobre muchacho!, cubrían la atmósfera matutina y la hacían más pesada. Dobló la esquina y vio la carbonería, en ella había una oportunidad, su pecho se llenó de una inusitada felicidad; trabajo, dinero, distracción y su tabla de tarántulas y alacranes.

Ya no tenía que mantener a su madre ni a Jonathan. Pensaba en comprarse una bicicleta, un coche, un avión, una casa, una mansión.

Entró por la puerta de la carbonería renovado, vio a Doña Licha de espaldas y dejando su mochila en el suelo se acercó.

—¡Doña Licha!

Doña Licha volteó y su rostro se desencajó al ver a Teodoro, se llevó la mano a la boca tratando de contener el llanto.

—¿Pasa algo?— preguntó Teodoro.

—¡Mira nada más cómo estás!— sollozaba Doña Licha.

—No pasa nada Doña Licha, todavía me sirve un ojo— dijo Teodoro con una sonrisa en la cara.

Doña Licha inquieta no comprendía la serenidad con la que Teodoro se manejaba, tembló al preguntarle de dónde venía.

—Vengo de mi casa Doña Licha, bueno, la mera verdad es que mi mamá me corrió ayer de la casa y venía a preguntarle si todavía tengo chance de chambear aquí con usted. Estoy entero, nada más es el ojo que Miguel me chispó. Por dónde voy a dormir, ni se preocupe, me caigo donde me agarre el sueño.

—¿No sabes?— preguntó Doña Licha.

—No sé ¿qué?— increpó Teodoro con seriedad.

Doña Licha lo tomó del brazo y salió con él de la carbonería. Caminaron por toda la calle Juan Cuamatzin, al llegar casi a Circunvalación divisó al grupo de gente que hace unos momentos había visto, y en la esquina de ambas calles a su madre del brazo de Efrén que rompía su promesa de no volver a ver a esa familia.

Conforme Teodoro se acercaba, su vientre comenzaba a doler, le andaba del baño. Llegó al grupo de personas y vio unos tenis que le resultaban familiares, volteó a ver a su madre y esta le contestó con una mirada llena

de odio y lágrimas. Al cruzar el mar de gente vio a Jonathan tirado con la masa encefálica regada sobre Circunvalación y Juan Cuamatzin.

El cuerpo de Teodoro expulsó de sus adentros lo que contenía y cayó de espaldas sobre el pavimento, al ver sus pantalones mojados se cubrió con las manos, Doña Licha lo levantó.

—Teodoro, hijo, es tu hermano Jonathan— decía Doña Licha.

Teodoro no respondió, le dirigió unas palabras que más que decirlas, las balbuceó.

—No te entiendo Teo, ¿qué?

—¿Puedo ir por mi tabla a la carbonería?— por fin pudo decir Teodoro.

Doña Licha no entendió la petición del muchacho y se quedó callada. Teodoro corrió por Juan Cuamatzin hasta la carbonería, corría para escapar del recuerdo de su hermano pero este era más veloz, al llegar vio su tabla intacta, sus animales seguían clavados en ella, de su cartera sacó la foto tamaño infantil de Jonathan y con una tachuela la clavó entre dos tarántulas, enseguida escribió sobre ella "INRI", no sabía qué significaba, pero le parecía poderoso.